

á explicar el tumulto de pensamientos que en aquellos instantes invadieron su ánimo; pero es el caso que desde aquella noche renunció á su propósito para siempre. Ahora bien: ¿qué piensa V. de todo esto?

—Pienso (le contesté hablando formalmente y con aire de suficiencia) que todo eso puede herir y poblar de visiones la imaginación de las gentes sencillas, cuya excesiva credulidad busca en causas extraordinarias y maravillosas la explicación de los hechos más naturales.

—Pues bien (me dijo): oiga V. ahora la historia, tal y como ha sucedido.

Diciendo esto, vino á sentarse junto á mí en el banco de piedra, y dió principio á un relato, que escuché primero con cierta aparente indiferencia, después con interés creciente, y por último con mudo y profundo respeto.

Terminada la narración, y viéndome pensativo, me dijo:

—Empieza á caer la tarde, y no tardará mucho en ponerse el sol detrás de la sierra. ¿Le habré hecho á V. perder el tiempo con mi pesado relato?

—No (le contesté): no he perdido el tiempo; pero ya es hora de que el coche esté en disposición de continuar el viaje.

Me levanté para despedirme; mas no me dejó ir solo, y me acompañó hasta el pueblo.

Durante el camino hablamos.... ¡qué sé yo lo que hablamos!.... Oscureciendo estaba ya cuando llegamos á la posada donde había parado la diligencia, y llegamos á tiempo, porque ya estaban enganchoando los caballos. Nos despedimos como dos amigos de toda la vida, y yo entré en la berlina, llevándome un mundo de pensamientos en la cabeza.

CAPÍTULO IV.

Un secreto que parece impenetrable.

Cualquiera que sea la idea que tengamos de la belleza del rostro humano; cualquiera que sea la originalidad ó la corrección del tipo que admiremos, no pasará la impresión que nos cause de esa complacencia, digámoslo así, estética con que la armonía del color ó de las líneas hiera la parte más ó menos artística que todos llevamos en el alma, si detrás del rostro que contemplamos no brilla el resplandor misterioso de un bello espíritu.

Entiendo yo que, así como los rasgos más puros de un cuadro se desvanecen ó se descomponen cuando la luz no los ilumina desde el punto conveniente, de la misma manera los rasgos más nobles de la fisonomía humana se oscurecen cuando no los anima la vida del alma.

El secreto atractivo de la belleza está principalmente en la expresión, y la expresión viene á ser como el reflejo del rayo divino que interiormente nos ilumina.

La naturaleza, dirigida por la mano creadora del Supremo Artista, ofrece muchas veces modelos de belleza que el arte humano no acierta á imitar, por-

que carece, sea el que quiera su orgullo, del singular privilegio de embellecer las imperfecciones; dentro de su estrecha cuadrícula no cabe este don prodigioso.

En la presente historia se nos ofrece uno de esos modelos, cuya belleza no podría resistir el análisis riguroso del arte. Murillo ó Velázquez, Rafael ó Miguel Ángel, tendrían mucho que corregir en el dibujo de esta figura; pero el lápiz de tan grandes maestros, al perfeccionar los contornos y al dar más rigor estético á las líneas, destruiría todo su encanto, porque es una obra incorrecta y al mismo tiempo incorregible.

No se puede tocar á sus defectos sin correr el riesgo de destruir sus perfecciones. Es un punto particular de luz y sombra en que hay algo de las misteriosas tintas del crepúsculo; cierta indecisión en los rasgos generales de su fisonomía, que me atrevo á comparar á la incertidumbre con que brillan dudosas las primeras claridades del día sobre las últimas sombras de la noche.

Tal vez la línea de la frente es demasiado severa; quizá el dibujo de la nariz es demasiado recto; sin duda el labio superior debería terminar un momento antes; sin duda la barba debiera contornearse más delicadamente; es seguro que si la redondez de las mejillas no sufriera una ligera depresión al llegar á los extremos de la boca, el óvalo del semblante presentaría un contorno más suave; y es claro que, mitigando un poco la inclinación lateral de las sienes, la cabeza resultaría más redonda.

Estas son, digámoslo así, las oscuridades que sombrean el rostro de que hablamos; estas son las incorrecciones que se pueden notar en el dibujo; en cambio, la luz que lo ilumina parte de dos ojos ne-

gros, grandes, rasgados, que resplandecen entre espesas, largas y corvas pestañas, y bajo dos cejas ligeramente arqueadas que se levantan hacia las sienes por sus opuestos extremos, dando á la frente una expresión pensativa.

La mirada que se escapa al través de los extensos párpados es triste y profunda; se encuentra en ella la inmensidad de una noche serena.

Cuando estos ojos se levantan al cielo, brilla en sus pupilas el suave fulgor de una dulce esperanza; y cuando inclinan la mirada hacia la tierra, caen los párpados lentamente con apacible mansedumbre.

Sobre el fondo triste que forma en su semblante la expresión reflexiva de los ojos, relampaguea una sonrisa particular llena de viva alegría, que hace el efecto de un rayo de sol rasgando la vaga oscuridad de una nube lejana.

Todas las incorrecciones que hemos advertido en los contornos de este semblante desaparecen bajo el encanto de la sonrisa que anima su boca; ante ella se disipan las irregularidades de las líneas, las escabrosidades del dibujo, de la misma manera que se desvanecen en el cielo los rasgos de las nubes al tenderse en la atmósfera serena los vivos colores del arco iris.

Rosalía, cuyo rostro acabo de bosquejar ligeramente, ha cumplido ya diez y seis años; es morena, alta y flexible; sus manos son pequeñas, blancas y finas; pero carecen de esa tinta sonrosada que da á las manos de las rubias los tornasoles del nácar.

Ocupa en la sociedad una posición un tanto incómoda, porque, si bien es verdad que pertenece á una de las familias más ilustres del pueblo, desgracias irremediables han consumido las rentas de la

casa, dejándola en el mundo sin padre y sin bienes de fortuna.

La pobre Rosalía lleva con bastante resignación esta crueldad de la suerte, que, después de todo, no es tan desesperada, porque, sea como quiera, tiene un tío solterón que conserva mejorado su buen patrimonio, del que al fin y al cabo será ella la heredera.

Tal es, por lo menos, la esperanza de la madre de esta hija única, esperanza llena de inquietud, como todas las esperanzas humanas, pues la herencia será señal de luto, por cuanto el hermano de la viuda no parece dispuesto á dejarse heredar en vida, aunque, justo es decirlo, acude con mano generosa á cubrir las necesidades de su hermana y de su sobrina.

Ello es que Rosalía hace un papel principal en el pueblo, á pesar de que vive con aquella modestia decorosa de las gentes que saben ser pobres, y no aspira á competir con las que ostentan las vanas pompas con que en todas partes seduce el lujo á las mujeres; pero si no las vence en la riqueza de las galas, las supera á todas en el gusto de los adornos, y principalmente en la distinción de los modales, en la viveza del ingenio y en la bondad de su carácter.

Claro es que no le han de perdonar estas cualidades ni sus más íntimas amigas, sin embargo de que pretenden imitarla, la mayor parte de las veces con deplorable éxito.

¡Ya se ve! : Rosalía se distingue, sobre todo, por la originalidad en su modo de ser, en su modo de pensar y en su modo de sentir, que constituyen en ella un estilo propio; y lo que es verdaderamente original se conoce en que es inimitable.

Sin embargo, la envidia no encuentra dónde clavar los dientes, y las señoritas del lugar no disponen de gran ingenio para inventar defectos que la desconceptúen en el ánimo de los hombres, entre los que tiene Rosalía mucho partido.

Piensan que es orgullosa, pero no se atreven á decirlo, porque la sencillez de su trato desmiente suposición semejante. Es verdad que las humilla; mas esto no quieren confesarlo, y les sería imposible probar que pretenda humillarlas.

La educación no es en los pueblos pequeños un ramo al que se le da gran importancia, y estas buenas gentes, que por lo común participan de todos los defectos propios de la naturaleza humana, no saben disimularlos, carecen de esa naturalidad exterior que engendra el trato, y descubren con excesiva frecuencia las asperezas del carácter.

Rosalía mostraba en este punto una superioridad invencible, pagando muchas veces con afables benevolencias los desaires de que era objeto por parte de las más envidiosas. Su bondad ó su talento se sobreponían, elevándola sobre todas las demás. Podía creerse que respiraba en una atmósfera más alta y que no era el pueblo en que vivía la región propia de su naturaleza delicada y exquisita.

Del mismo modo que sabía tener á raya la maledicencia de las mujeres que la envidiaban, sabía detener á respetuosa distancia las pretensiones de los hombres que más decididamente aspiraban á obtener su preferencia: la huérfana no prefería á nadie, y las más atrevidas esperanzas se desvanecían ante su candor inaccesible; candor amable, que no podía dar nunca ocasión á resentimientos ni quejas.

Rechazaba el amor de sus pretendientes sin excitar en ellos el amor propio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10. 1925. MONTERREY, MEXICO

Por una singularidad impropia de sus años, y sobre todo de su condición de mujer, huía de las preferencias de que solía ser objeto, eludía los obsequios, no se dejaba querer, no se dejaba amar, no entraba de ningún modo en la competencia con que, lo mismo en las humildes aldeas que en las opulentas ciudades, se disputan las mujeres el imperio sobre los hombres.

¿Era modestia ó era soberbia?

¿Había concebido su espíritu la idea de otro mundo, de otros seres, de otros sentimientos, en el cual vivía su imaginación, ó es que, ignorándose á sí misma, se consideraba sin mérito para aspirar al triunfo?

Bien puede admitirse que el amor no hubiera despertado todavía en su alma el secreto impulso de los tiernos afectos; pero ¿y la vanidad? ¿Acaso el espejo no le decía que sus ojos eran negros, grandes y hermosos, que su sonrisa tenía un encanto irresistible, que era gentil su talle y gracioso el contorno de su cabeza?

Ello es que parecía insensible lo mismo al amor que á la vanidad, y, sin embargo, por instinto ó por estudio, acertaba siempre con los adornos que más realce daban á su persona. Ella misma era su doncella y su modista, y pocas mujeres ansiosas de agrandar sabrían obtener mayor éxito de la sencillez con que se vestía y con que se peinaba.

Por lo demás, poseía algunas habilidades: bordaba primorosamente, y sus pequeños dedos habían aprendido á recorrer las teclas del piano, único mueble salvado del naufragio de la desgracia, al cual llamaba ella su verdadero amigo porque no las había abandonado en la pobreza.

La madre de Rosalía era, además de su madre,

su amiga, y además de amiga y madre, era su sombra: existía entre ambas la diferencia y la semejanza que existe entre el sol que sale y el sol que se pone: las unía la semejanza que siempre hay entre las madres y las hijas, y las separaba la diferencia que el tiempo establece entre los diez y seis y los treinta y seis años.

La primera se hallaba en la aurora de la vida; la segunda tocaba ya en el ocaso de la juventud; las dos llevaban en el alma la misma pena, pues la hija era huérfana y la madre viuda.

Hallaba la huérfana en su madre todo el amparo que su juventud necesitaba, y la viuda encontraba en la huérfana todo el consuelo necesario para ir sobrellevando la soledad en que su corazón vivía.

El corazón de la madre y el corazón de la hija se refugiaban el uno en el otro, en esa tierna intimidad con que estrecha los afectos el vínculo común de una misma desgracia.

¿No existía entre ellas secreto alguno? ¿Nada tenían que ocultarse? ¿No guardaba ninguna de ellas algo escondido en el rincón más impenetrable de su alma?

En ciertas ocasiones, un observador perspicaz, acostumbrado á leer en las profundidades del pensamiento al través de la más obstinada reserva, habría advertido señales sospechosas, indicios de que algo ocultaba la madre en el fondo de su pecho.

Más de una vez fijaba Rosalía su mirada atenta en los ojos de la viuda, como si espicara el momento de sorprender en ellos el relámpago fugitivo de algún misterio que su ternura no acertaba á descubrir. Esto podía ser puramente una delicada solicitud de su cariño; la complacencia de una hija que se mira en los ojos de su madre; el afán de adivinar

sus deseos para anticiparse á cumplirlos; pero es el caso que la viuda apartaba los ojos, temerosa de que Rosalía pudiera leer en ellos su pensamiento; y bajando dulcemente los párpados, parecía decirle:

«No, hija mía; no debes saberlo.»

Otras veces, en vez de bajar los párpados, los levantaba, dirigiendo la mirada al cielo en busca de algún rayo de luz que iluminara su entendimiento, como si su espíritu indeciso quisiera penetrar el misterio de algún oculto destino.

Cuando se hallaba sola, dejaba la aguja con que cosía, y, cruzando las manos, parecía sumergirse en hondas meditaciones, cuyo término era siempre el mismo, pues salía de ellas moviendo la cabeza tristemente, inclinándola, ya sobre un hombro, ya sobre otro, ni más ni menos que si la balanza de su corazón vacilara sin saber á qué lado inclinarse.

Es de presumir que se agitaba en su espíritu algún pensamiento oculto, alguna idea fija que le era imposible desechar, y de tan íntima naturaleza, que por lo visto no se atrevía á confiarlo á nadie, pues mostraba particular empeño en alejar toda sospecha que pudiera descubrir de algún modo las inquietudes de su alma. Ni el P. Antonio, que poseía toda su confianza, que era el amigo predilecto de la casa, que entraba y salía en ella, encontrando siempre la cordial acogida de un verdadero afecto, había recibido la particular confidencia del secreto que la madre de Rosalía ocultaba tan cuidadosamente.

El P. Antonio ejercía, lo mismo en la madre que en la hija, una influencia decisiva. Era un ser inofensivo, que llevaba la bondad en las palabras, la paz en el semblante y la grandeza en las acciones.

La historia de su vida, tan sencilla como su corazón, se reducía á este breve relato.

En 1834 tenía catorce años, y era novicio de la comunidad de frailes bernardos que se albergaba en el monasterio de que antes hicimos mención. Suprimidas las comunidades religiosas, se encontró el pobre muchacho sin albergue y sin familia, pues era huérfano de padre y madre; mas el pueblo mantuvo el culto en aquel santuario, y el novicio siguió viviendo en el monasterio con el empleo de sacristán de la ermita.

Así pasó cuatro años, hasta que, cumplidos los diez y ocho, entró en quintas; pero con tan buena suerte, que sacó un número muy alto, tan alto que quedó libre del servicio de las armas.

Seguro de su buena fortuna, se volvía una tarde del pueblo á la ermita loco de alegría, cuando oyó grandes lamentos y sollozos; detúvose, y vió á una mujer deshecha en lágrimas, colgada al cuello de su hijo, como si quisiera sujetarlo, como si quisiera detenerlo, mientras el padre trataba de consolarla con medias palabras, limpiándose los ojos con el revés de las manos.

Pronto comprendió el sacristán de la ermita que estaba presenciando la dolorosa escena de una terrible despedida. Era uno de los mozos, que, menos afortunado que él, daba en aquel momento á su madre un ¡adiós!, quizá eterno. Aquella tarde se llevaban á la ciudad inmediata los quintos del pueblo.

Toda la alegría de que iba lleno el corazón del novicio se nubló en aquel instante; no se atrevió á acercarse á aquel dolor que le llegaba al alma; los gritos de la madre se clavaban en su corazón, y no se le ocurría ni una palabra con que mitigar tanta angustia. Su propia fortuna lo avergonzaba ante

aquella desgracia, y se sintió enojado contra las brutalidades de la suerte.

Casualmente se trataba de un mozo, única esperanza de su padre enfermo, de su madre afligida y de tres hermanas; de un mozo trabajador y amante como ninguno de su familia. Aquel mocetón se enjugaba también los ojos, porque también lloraba al ver sollozar á sus hermanas.

El sacristán de la ermita tampoco pudo contener la emoción que experimentaba, y se cubrieron de lágrimas sus ojos; mas esquivó el encuentro con aquel mar de pena, y ocultándose entre los álamos que ceñían el camino, siguió adelante en dirección del monasterio, cabizbajo y meditabundo, como si su corazón hubiera caído de las alturas del regocijo á las profundidades de un pesar inmenso.

Al día siguiente fué preciso proveer la plaza de sacristán del santuario, porque el novicio había desaparecido, sin que nadie supiera su paradero; mas al poco tiempo, la madre que hemos visto abrazada á su hijo en el cruel momento de la despedida, alborotó el pueblo contando de puerta en puerta que su Colás había vuelto á la casa libre del servicio, porque el sacristán de la ermita se había empeñado en servir al Rey, y lo había sustituido.

Con este rasgo se ganó el novicio el corazón de todas las madres.

Á los seis años volvió al pueblo, llevando pendiente del cuello un canuto de hoja de lata, dentro del que iba la licencia absoluta. Aquel día recibió innumerables abrazos, y los más pobres y los más ricos se disputaron el honor de hospedarlo; pero la madre de Colás interpuso sus legítimos derechos, y se lo llevó á su casa, llorando de alegría, lo mismo que seis años antes había llorado de pena.

Ahora lo encontramos revestido con el sagrado carácter de sacerdote, que había sido el afán de toda su vida. En el monasterio hizo los primeros estudios; después que volvió del servicio los completó, y al fin pudo llegar á cantar Misa.

Su carácter recibió esta alta investidura, pero su posición social era la misma, pues continuaba siendo el sacristán de la ermita del monasterio, porque no quería ser otra cosa.

Pues bien: ni el P. Antonio ni Rosalía merecían, por lo visto, ser depositarios del secreto que la viuda escondía en el fondo de su alma.

¿Qué secreto será este que tanto la agita y que tanto lo oculta?